

Dedicatoria.....	pg. 3
El hombre imaginario.....	pg. 5
La flor perdida.....	pg. 9
El bosque de las maravillas.....	pg. 13
Un árbol estelar que sólo quería jugar.....	pg. 15
La paloma blanca.....	pg. 23

La flor perdida y otros cuentos

Lluís Villavicencio

Dedicatoria

Dedicado a los niños,
dedicado a la inocencia,
a la belleza,
a la inteligencia que encierra lo simple,
a la capacidad de maravilla.
Dedicado a los niños
grandes y mayores
que no se avergüenzan de serlo,
que aman las flores y el cielo,
que viven la vida como si fuese un cuento
y el mundo su escenario
repleto de mágicos personajes.
Dedicado a los niños,
a la magia,
dedicado a la inocencia,
dedicado a la belleza...

El hombre imaginario

El hombre verde se rascó la cabeza y miró a lo lejos. Sin comprender nada, se sentó sobre una piedra y pensó en sus posibilidades. No, no comprendía. A lo lejos no había nada. Estaba en el fin del mundo. ¿Qué podía hacer? Se le había escapado el conejo al que andaba persiguiendo con su arco y sus flechas. Meditó largo rato, pero no consiguió dar con ninguna solución. Y es que es bien sabido que los hombres verdes no son muy dados a pensar, y menos aun a imaginar. Sólo se le ocurrieron dos soluciones: o volver sobre sus pasos, o lanzarse al vacío. Si hubiera tenido más despierta la imaginación hubiera podido, por ejemplo, deslizarse por la pared última atado con una cuerda. Pero finalmente saltó. Y cayó. Pasaron un día, dos días. Y seguía cayendo. Tenía hambre y sed, pero jamás llegaba a ninguna parte. A su alrededor no había nada, y él caía. Después de tanto tiempo ya se había acostumbrado a la velocidad, y ni la notaba. Aprendió a dormir mientras caía. Pero de tanta sed como tenía apenas podía pegar ojo. Además, el pensar en la caída que sufriría le causaba mucha angustia. Pero jamás cayó, al menos por el momento. Sigue cayendo. Después de tanto tiempo está muy delgado, y sigue teniendo sed. Pero no ha fallecido, porque ha aprendido a alimentarse de aire. No es muy sabroso, pero es lo único de lo que dispone. Se ha acostumbrado a las incomodidades.

¿Y todo esto por qué lo digo? Pues porque un día caerá. Y será justamente en este planeta, aunque él no lo sabe. Caerá en el mar, y sobrevivirá. Lo encontrarán unos niños en la playa, medio muerto, y tras darle un poco de agua jugarán con él. Después la noticia se hará pública. Vendrán muchos que le harán muchas preguntas. “¿De dónde viene?”, por ejemplo. Y él dirá: “del País de los Hombres Verdes”. Y le preguntarán, “¿cómo ha llegado hasta aquí?”, y él responderá: “me tiré al vacío”. Y será todo cuanto sabrá explicar. Después le construirán una casa de cristal azul a su medida (los hombres verdes miden más de tres metros), y le acogerán como a un hermano. Pero el hombre verde echará de menos su tierra, y no sabrá cómo llegar...

Entonces, un día, una hermosa joven llamó a la puerta de su casa.

-Hola -le dijo, y le abrazó y le besó muchas veces en ambas mejillas, como era costumbre en aquel país. El hombre verde hizo lo mismo, aunque un

poco obligado. Porque ya hemos dicho que en verdad estaba muy triste. Invitó a entrar a la joven, que se sentó junto a él en el centro de la alfombra acolchada. Tras un silencio la doncella dijo.

-Hombre verde, yo puedo devolverte a tu país.

-¿De verdad? -respondió él, muy emocionado y feliz por la fantástica noticia.

-Claro. Pero tendrás que ser fuerte, yo sólo puedo indicarte el camino.

Y dicho esto se levantó y le indicó que la siguiera. Juntos salieron de la casa.

-Mira el cielo -le indicó la joven.

Y el hombre verde alzó la vista.

-Observa las nubes atentamente.

Y el hombre verde observó las nubes, sin comprender muy bien por qué. Después la muchacha le pidió que fueran a la playa, y a los pocos minutos habían llegado. Se sentaron en la arena.

-Tu país se encuentra más allá de las nubes, y más allá del cielo. Para volver a él no valen nuestras naves espaciales, porque tu país está más allá de todo, en una región cuyo paradero sólo tú conoces. Para llegar sólo tienes una opción: ir.

Tras un silencio, el hombre verde preguntó, desconcertado:

-¿Y como voy a ir?

-Yendo -respondió la muchacha.

-¿Y cómo es eso?

-Sólo tú lo sabes, hombre verde, tú eres el único que conoce el camino.

Tras un nuevo silencio, este mucho más prolongado que el anterior, el hombre verde dijo:

-¿Y qué puedo hacer para conocer el camino? Porque, al menos ahora mismo, no lo recuerdo.

-Imaginándotelo.

Ya hemos dicho que los hombres verdes no tenían mucha imaginación. En realidad, lo único que sabían hacer era cazar, comer y dormir. Por eso el hombre verde quedó un poco extrañado.

-¿Y eso cómo se hace?

-Eso no se puede explicar. Tú mismo tendrás que descubrirlo. Ya te dije antes que yo sólo podía indicarte el camino. Tú eres quien debe andarlo.

Y dicho esto se levantó y se fue, dejando al hombre verde muy triste, porque no sabía imaginar. La tarde caía, y las gaviotas sobrevolaban la superficie del océano. Entonces este, que había escuchado su conversación, compadecido por el pobre náufrago, decidió hablarle.

-Hombre verde -dijeron las olas- yo te enseñaré a imaginar.

Y el hombre verde, muy emocionado, escuchó atentamente.

-Observa las gaviotas -dijo- ¿por qué crees que saben volar?

-Porque tienen alas, ¿no? -preguntó, tímidamente, el hombre verde.

-Te equivocas -respondió el mar- si vuelan es porque desde pequeñas creyeron que podían volar. Por eso les resulta tan fácil. Tú creciste creyendo

que podías cazar, comer y dormir. Eso te enseñaron, y eso es lo que puedes hacer. ¿Sabes ya, pues, en qué consiste la imaginación?

-N-no -dijo él.

-Para imaginar primero hay que querer aprender todas esas cosas que nunca nadie te enseñó. Y para saber qué cosas quieres aprender primero tienes que imaginártelas. Fácil, ¿verdad?

-Yo sólo quiero volver a mi país.

-Muy bien -dijo el mar. Y dicho esto se calló. El hombre verde, pensando que se había enfadado, se sintió muy mal. Pero entonces, para su sorpresa, vio a una gaviota volando hacia él. Cuando estuvo muy cerca se posó en la arena y le dijo:

-Me ha mandado el mar para que te enseñe a volar.

El hombre verde, decepcionado por tan absurda propuesta, respondió:

-¿Y yo para que quiero aprender a volar?

-¿No quieres volver a tu país?

-Sí. Pero a mi país no se puede llegar volando. Sólo imaginando.

-Y qué problema hay, hermano. Para volar se requiere imaginación y alegría; no a nosotras las gaviotas, que nos resulta tan fácil como para vosotros caminar, pero sí a ti, querido humanoide. Te enseñaré a imaginar y llegarás a tu hogar.

Al cabo de un mes, por increíble que parezca a los que no saben imaginar, el hombre verde ya sabía volar. Todo él había cambiado. Sus rasgos duros se habían vuelto más apacibles, y su masa muscular se había visto reducida. Tomó carrerilla, dio un salto, y se elevó sobre el suelo. Cruzó el océano con los brazos extendidos e imaginando que se dirigía al País de los Hombres Verdes.

Y así fue como, tras muchas lunas, divisó la costa. Vio el humo de los fuegos deslizándose por el cielo, y olió el perfume de su añorada tierra.

Cuando se encontró con los de su tribu estos lo recibieron muy sorprendidos, porque le daban ya por muerto. El hombre verde les contó todo lo que le había sucedido, pero nadie le comprendía. Al cabo de una semana entendió que aquel ya no era su hogar. Se le había quedado estrecho.

Una noche muy iluminada subió a una alta roca y, extendiendo los brazos, saltó al vacío y voló durante muchas lunas por encima de aquél mar, imaginando que se dirigía a aquella tierra que tiempo atrás le había acogido.

Y así fue como llegó, encontrando su casa de cristal azul tal como la había dejado.

Enterándose de la noticia la joven acudió a su casa. El hombre verde le dio mil gracias y la acogió con cariño en su hogar. Desde entonces fueron los mejores amigos que uno pueda imaginar.

La flor perdida

Estaba yo un día tranquilamente sentado sobre mi cama cuando, procedente del exterior, llegó a mis oídos un estruendo ensordecedor que se prolongó durante al menos medio minuto. Mas, como soy indiferente por naturaleza, proseguí sentado sobre mi cama, tranquilamente despierto, sin inmutarme. Fue entonces cuando un ojo verde del tamaño de una rueda de tractor asomó por mi ventana.

-Mira -oí que decía una voz como de duende, muy fina- aquí hay alguien.

-Hola -dije, para entrar en conversación.

Entonces el ojo desapareció y en su lugar había media boca. Un hilo de voz susurró.

-Hola -dijo- discúplanos. Somos gigantes y nos hemos perdido.

Le pedí que se apartara y salí por la ventana, para poder contemplar el panorama. Era desolador. Todo el pueblo estaba en ruinas. Parecía no quedar nadie vivo. Paseando por encima y por los alrededores había por lo menos una docena de gigantes de la altura de un campanario. Tenían tres ojos verticales que parecían un semáforo, porque el de arriba era rojo, el de en medio naranja, y el de abajo verde. Vestían con enormes pieles sin coser (después me enteré de que eran de junacholes, los jabalís gigantes), llevaban el pelo muy largo, y caminaban descalzos. Su rostro se parecía al de los brontosaurios. Había hombres, mujeres, niños y niñas. Sólo estos dos últimos conservaban ciertos rasgos humanos. Ahora en torno a mí se habían ido sentando todos. Yo, de pie, procuraba mantener la compostura.

-Habéis arrasado el pueblo -les dije.

Entonces todos comenzaron a mirar preocupados a su alrededor, sin comprender.

-Lo tenéis bajo vuestros pies -aclaré, pero no parecía importarles mucho.

Entonces uno, de pronto, comenzó a hablar con su característica voz delicada.

-Venimos de muy lejos. Nos hemos quedado sin tierras y buscamos una flor. Quizás tú, pequeño, sabes algo de ella. Ahora escucha atentamente.

Y dicho esto uno de los gigantes comenzó a recitar, como de memoria:

-Flor primordial, simple y poderosa, de una pureza extrema, resplandeciente de amor. Todo ha nacido de ti, y sin embargo tu apariencia es frágil. Eres sutil y silenciosa, delicada y fuerte, profunda y clara. Das libertad a tus hijos, les dejas seguir caminos extraños, y les acoges de nuevo cuando, cansados, regresan a ti. Flor eterna, flor infinita, flor luminosa...

Y siguió así durante un buen rato. Sólo con las dos primeras palabras yo ya había sabido de qué flor me hablaba. Cuando terminó, todos quedaron en silencio, y se lo dije.

-¿Y dónde podemos encontrarla? -preguntó entonces el que había hablado primero.

-Dentro de vosotros.

-¿Y cómo podemos entrar dentro de nosotros para encontrarla? -dijo el mismo, en un tono bastante sereno que, a pesar de todo, denotaba cierta ansiedad.

-No sabría decíroslo. La encontraréis cuando ella desee hacerse ver. Si os afanáis en encontrarla creo que se os escapará siempre.

-Pequeño, dices que se nos escapará. Pero antes has dicho que está dentro de nosotros. Entonces es imposible que se nos pueda escapar.

-Si no se os escapara ya la habríais encontrado. Pero más bien podría decirse que sois vosotros quienes huís de ella.

-Mira, pequeño, te voy a contar nuestra historia. Así quizás te hagas cargo de la desgraciada situación en la que nos encontramos y dejes de atormentarnos con tus frases sin sentido.

“Nosotros provenimos de la familia de los duendes. Por desgracia, sólo conservamos de ellos la voz, como habrás podido darte cuenta. Nuestra historia se remonta a tiempos muy lejanos, pero te la simplificaré. Nuestros antepasados eran duendes y vivían como tales. Pero poco a poco fueron aficionándose a los pasatiempos y costumbres de los humanos. Se volvieron mezquinos y fueron olvidando sus poderes y su origen. Algunos de los de su clan quisieron advertirles, pero ya era demasiado tarde. Como castigo un hada les convirtió en gigantes, y les envió a lejanas y apartadas montañas para que vivieran allí a sus anchas, y que dejaran así de entorpecer con su complicidad la evolución del hombre. El caso es que a los nuevos gigantes no les desagradó del todo la idea. Fundaron tribus y vivieron durante siglos en lugares recónditos. Hasta que el hada, un día, volvió. Se presentó a uno de nosotros y le dijo que su tiempo como gigantes no podía alargarse, porque pronto llegarían allí seres humanos y si les descubrían podía desencadenarse una guerra terrible. En cierta forma se compadeció de nosotros. Pero como tampoco podía volvernos duendes, ya que conservávamos aun demasiada brutalidad, nos dijo que antes debíamos encontrar la flor de la que te hemos hablado. De no ser así, nos advirtió de que se vería obligada a transformarnos en dinosaurios y a enviarnos a un planeta joven a sobrevivir como tales. Por eso necesitamos esa flor. Por eso te la rogamos a ti, que eres el primer ser humano que encontramos tras largos días de viaje ininterrumpido.”

Cuando terminó yo estaba maravillado por aquella historia. Me extrañó ser el primer humano que encontraban, ya que yo no vivía junto a ningunas montañas. Lo más seguro es que lo hubieran destruido todo a su paso sin darse cuenta de nada. Aun así sentí lástima por aquellos pobres parias.

-Os ayudaré -dije, y un suspiro de alivio recorrió el corro de gigantes.

-Gracias, pequeño -respondió el de siempre- dinos entonces qué es lo que debemos hacer. Estamos dispuestos a obedecerte en todo, a pagar cualquier precio con tal de no convertirnos en dinosaurios.

-Para encontrar la flor, para empezar, no debéis estar motivados por el miedo y la ansiedad, sinó por la sincera búsqueda de algo tan maravilloso.

-Es verdad -dijeron todos, casi al unísono, pero sin comprender muy bien.

-Pero para ilustraros mejor el tema, vamos a servirnos del siguiente procedimiento.

Y diciendo esto señalé al gigantón que parecía ser el jefe indicándole que se acercara. Seguidamente advertí a los demás de que no se asustaran de lo que iba a ocurrir, y de que aguardaran pacientemente hasta el regreso de ambos.

Entonces me concentré y, haciendo un leve gesto con mi voluntad, ingresé en el pecho del gigante en forma de espíritu diminuto. Una vez allí hice que el gigante, en la misma forma, apareciera a mi lado. Entonces se escuchó un fuerte ruido provocado por su cuerpo al desplomarse sobre el suelo. Viendo que se asustaba, intenté tranquilizarle.

-No te asustes. Ahora tu cuerpo está inerte, porque lo que lo anima eres tú, que estás aquí conmigo para encontrar la flor primordial.

Y dicho esto comenzamos a caminar suavemente. El paisaje en el que nos encontrábamos era difícilmente descriptible. Sólo puedo decir que era bastante horroroso.

-Todo lo que ves aquí eres tú por dentro -le dije.

-¿De verdad? ¡No puede ser!

Nos deslizábamos por un camino negro como el carbón. A nuestros lados se alzaban espantosas montañas de las que surgía de vez en cuando un alarido o un aullido de ansiedad o de temor. Yo le iba explicando.

-Este es el mundo en el que vives, ¿no es así?

-Sí -respondió él, con la mente ahora muy clara- siento una extraña identificación con lo que me rodea. Como si lo que experimentara todos los días de mi vida se hubiera materializado.

-Pero, a pesar de todo, algo sigue brillando dentro de ti.

-Sí, es cierto. Ahora empiezo a verlo claro.

-¡Claro! -exclamó, al cabo de un rato- y eso que aun brilla es el Amor. ¡Es la flor que debemos encontrar!

-Me alegra que lo hayas comprendido.

Caminamos durante mucho rato. Finalmente, en medio de la oscuridad, se hizo visible un tenue resplandor. Nos fuimos aproximando hacia él, y la luz aumentó, aunque muy ligeramente.

-Mira -dijo entonces el gigante, señalando la cumbre de una montaña- viene de allí.

Y era cierto. Parecía una estrella, ya que la montaña era tan negra como el cielo y apenas se percibía. Era una estrella-flor. Ascendimos rápidamente y pronto estuvimos arriba del todo, ya que al ser una especie de espíritus no experimentábamos ningún tipo de cansancio. Nos acercamos sigilosamente hacia la luz, temerosos de que cualquier ruido pudiera perturbarla. Pero ella vivía en paz en medio de aquel paisaje tenebroso. Era más que indestructible. Cuando por fin estuvimos ante ella nos quedamos extasiados, contemplándola. Era lo más hermoso que jamás vi. No se puede describir. Le rodeaba un halo de pureza que rebasa toda comprensión racional mediante simples palabras. Era Amor. Era la flor perdida. El gigante, sentado, la contemplaba con lágrimas en los ojos. Yo también estaba emocionado. Por aquel entonces mi flor también andaba un poco perdida, aunque no mucho. Y aquella flor me recordaba a la mía. Era la mía. Era la flor de todos.

Al cabo de incontables instantes nos levantamos y comenzamos el camino de vuelta.

-Pensaba que podría cogerla, y que entonces todo se iluminaría -me decía el gigante- pero es tan pura que no me he atrevido a tocarla.

-Aunque quisieras no podrías -respondí- no se puede coger. Para tenerla sólo puedes experimentarla. La única forma de poseerla es dejándote poseer por ella. Ahora ya lo sabes y podrás decírselo a todos.

Al cabo de un rato yo había vuelto a mi cuerpo y el gigante al suyo. Estaba visiblemente cambiado. Todos los otros aguardaban impacientes, pero él no dijo nada. Sólo se levantó, me dijo adiós con la mano y comenzó a caminar, alejándose. Los demás se apresuraron a seguirle, armando un gran estruendo. Cuando estuvieron a su altura, escuché como él comenzaba a narrarles lo que le había sucedido.

Después entré en casa, me senté en mi cama. Desde mi ventana los vi cruzar el horizonte y desaparecer para siempre de mi vida.

El Bosque de las Maravillas

En un hermosísimo claro entre dos bosques se encontraron un día dos personajes. Cada uno provenía de un bosque distinto y se dirigía al otro. Ambos bosques eran inmensos, y si eran dos y no uno era porque ambos eran completamente distintos. Bueno, había gente que lo veía como uno solo, los llamados Sabios Traviesos, pero para la mayoría eran dos. Uno era llamado Bosque de luz, porque los árboles estaban dispuestos de tal manera que dejaban colarse la luz hasta el suelo de una forma preciosa, formando siluetas y dibujos sonrientes por doquier. Cuando caía la noche era alumbrado por millones de luciérnagas de millones de colores distintos, formando un espectáculo maravilloso. El otro bosque era llamado Bosque de oscuridad, y permanecía siempre, hiciera sol o viento o lluvia o frío o calor, noche o día, en perpetuas sombras que le daban un aire tenebroso y amenazador. En él no había luciérnagas ni conejitos, ni ardillas, sólo bestias inmundas comedoras de carne.

En el claro que separaba ambos bosques, como decíamos, se encontraron un día dos personajes un tanto extraños. Uno de ellos, el que provenía del Bosque de luz, era sin embargo oscuro, tenía largos colmillos, forma humana retorcida, con muchos pelos, y olía francamente mal. El otro, el que venía atravesando el Bosque de oscuridad, era por el contrario luminoso como un ángel, tenía cortas alas blancas y llevaba a sus espaldas una pequeña mochila de excursionista. Era ahora noche cerrada. Permanecían sentados, frente a una hoguera, en silencio. El luminoso había sacado un bocadillo de lechuga y tomate y se lo comía con calma. El oscuro también comía, pero su bocadillo era de cadáver. El luminoso veía en el oscuro el reflejo viviente de su parte más oscura. El oscuro veía lo contrario en el luminoso. Ambos se temían, pero después de tantos meses caminando en la más completa soledad no habían querido dejar pasar la oportunidad de conversar un poco.

-¿Cómo es el bosque que tengo aun que atravesar? -preguntó el luminoso.

-Horrible -respondió este- ¿y el que a mí me espera?

-Horrible -dijo el luminoso, recordando con un estemecimiento los largos días en aquel infierno.

Y ambos estuvieron contentos porque entendieron que lo que para el otro era horrible para ellos sería sublime.

-Me voy ya, entonces -dijeron, al unísono, mientras se levantaban. Sin decir una palabra más ambos comenzaron a caminar en direcciones opuestas. El oscuro se adentró en el Bosque de oscuridad, y el luminoso en el Bosque de luz. Y, después de tanto tiempo, el oscuro pudo de nuevo ser infeliz, y el luminoso, a su modo de ver, feliz. Y ambos estuvieron satisfechos de su aventura, aunque no fueran conscientes de ello. Por el contrario, a partir de entonces guardaron siempre un espantoso recuerdo del bosque vecino, que les mantenía en tensión. ¿Y si me pierdo y aparezco otra vez en el otro bosque? ¿Y si el otro bosque devora el mío? Y por ello se limitaban a moverse únicamente por los límites exteriores de los dos bosques, que daban a un paraje de tal belleza que ninguno de los dos, ni el luminoso ni el oscuro, se atrevía a pisar. Lo cierto es que ellos no veían aquella belleza, aquellos ríos, aquellas flores, frutos, playas violetas y soles azules, sinó un inmenso negro e inhóspito desierto. Ambos estaban atrapados en sus bosques respectivos, temiendo la luz y la oscuridad respectivamente.

Un día, quiso el destino que ambos, temerosos de poder perderse, temiendo haberse acercado demasiado al bosque vecino, comenzaron a correr, desesperados, hasta llegar, al mismo tiempo, al claro entre los bosques. Se sentaron a descansar, y fue entonces cuando apareció por allí uno de los sabios de los que hemos hablado antes, que vivía en aquel claro y que consideraba los dos bosques como uno solo. Viendo al oscuro y al luminoso tan agotados, y habiendo contemplado durante días y meses sus angustias en sus respectivos bosques, se acercó para hablarles.

-Queridos hermanos -les dijo- dejad de asustaros. ¿No os dáis cuenta de que dependéis mutuamente el uno del otro?

Ambos se quedaron en silencio sin comprender muy bien. El sabio prosiguió.

-Luz y oscuridad, frío y caliente, verdad e ilusión, placer y dolor, negro y blanco... cada uno de ellos necesita de su contrario para existir. El Bosque de luz no podría existir por sí mismo, y tampoco el Bosque de oscuridad. Ambos son partes de un único bosque, al que yo llamo el Bosque de las Maravillas. Tu luz, luminoso, no es luz verdadera, porque depende de la oscuridad. La verdadera Luz nace del equilibrio entre luz y oscuridad, entre todos los pares de opuestos que puedas imaginar, y se basta a sí misma. Yo vivo en el Bosque de las Maravillas, y en él no tengo enemigos, porque a nada temo. No vivo para dar vida a ningún opuesto, porque yo lo abarco todo. Ahora quiero que os levantéis y hagáis las paces.

Y, como si la orden viniera de algo muy superior, se vieron sin remedio empujados el uno al otro. Se abrazaron sin resistencia, y una luz violeta de una riqueza inexpressable los envolvió, fundiéndolos en un solo Ser. Al mismo tiempo, lo que antes habían sido el Bosque de luz y el Bosque de oscuridad se unió en un solo bosque, el Bosque de las Maravillas, que a su vez pasó a

formar parte de pleno derecho del País del Sol Azul, aquel que, estando desunidos, luminoso y oscuro habían percibido como un inhóspito desierto.

Un árbol estelar que sólo quería jugar

En un lugar desconocido en medio de la nada se alzaba un árbol muy muy alto. Era tan alto que con sus ramas acariciaba las estrellas, y por eso muchos de los habitantes de aquel lugar recóndito le llamaban Árbol Estelar. Tenían por costumbre trepar hasta lo alto, no sin dificultades, y recoger algunas de las estrellas que se quedaban pegadas en las puntas de las ramas más finas. Nunca eran muchas, pero les bastaba para sus extrañas pociones. Las casas de aquellas gentes estaban situadas alrededor del Árbol Estelar, y eran invisibles a la vista, al igual que todo el pequeño planeta, las hierbas, los animales, las piedras... cualquier extranjero que hubiese llegado allí habría pensando que se encontraba flotando en el espacio. Pero sus habitantes, gracias al sexto sentido que habían desarrollado gracias a sus pociones de estrellas (que, por otra parte, si se quedaban pegadas era gracias a la invisibilidad del Árbol Estelar), sí veían todo cuanto les rodeaba, pero de una forma un tanto especial. No veían, propiamente dicho, sino que sentían. Y cada sensación que les producía cada objeto se reproducía en su cerebro en forma de imágenes constantemente cambiantes. Por ejemplo, un día podían ver una casa azul, y otro día verla verde, y el mismo día uno verla adornada con rubíes y otro tapizada de oro. Todo en aquel planeta cambiaba constantemente. Las flores, los pájaros, que un día eran de ojos enormes y largas colas y al otro eran diminutos colibríes con el pico en forma de espiral torcida; los árboles, que un momento eran rojos y con el tronco dorado y al otro con largas hojas color zafiro y un diminuto tronco escarlata. También las personas cambiaban físicamente; un día podían ser gigantes, al otro liliputienses, al otro tener cuatro brazos y dos narices en lugar de orejas, al otro enormes alas... Todo, absolutamente todo, cambiaba automáticamente según el gusto y el estilo de la persona que mirara. ¿Todo? Bueno, sólo el Árbol Estelar mantenía constantemente su aspecto, porque era él el que nutría de estrellas a los habitantes del lugar, y el que hacía que pudiesen ver con los ojos internos y no se tropezasen unos con otros.

Pero un día el Árbol Estelar comenzó a dar signos de cansancio. Sus verdes hojas, su blancas flores, comenzaron a derramarse por el suelo, y el viento las elevaba y las esparcía por todo el pequeño planeta, por lo que

enseguida todos sus habitantes conocieron el suceso, que les inquietó bastante. Pero nadie sabía qué hacer, y prefirieron esperar a ver si mejoraba. Por el contrario, al poco tiempo el Árbol Estelar se encontraba desnudo. La última expedición realizada a su cumbre sólo trajo de vuelta una estrella. Visiblemente angustiados, procedieron a hacer la poción, que dividieron entre todos a partes igualmente diminutas como una cucharilla de café. Antes de que sus efectos terminaran, decidieron hacer una reunión urgente para decidir lo que había que hacer. Se reunieron en un inmenso prado elvado en escalones, como un anfiteatro salido de la tierra, y cuando todos estuvieron en silencio, cosa fácil ya que eran conscientes de la importancia del acontecimiento, alguien habló o, más bien, recitó, ya que era costumbre en aquel lugar hablar con versos. No lo describiremos físicamente, ya que cada uno lo veía a su manera, pero interiormente era reconocido por todos como de los más hermosos y hermosas.

-Hermanos, después de haber estado
meditando mucho sobre el estado
en el que todos nos encontramos
voy a exponeros, sin desagrado
la conclusión a la que he llegado.
Si el Árbol Estelar se está marchitando
es porque nosotros nos marchitamos.
Dependemos de él para llevar
la vida que hasta hoy hemos llevado
y él depende de nosotros
para ser útil y amado.
Algo falla entonces
quizás necesita canciones
quizás ansía otras funciones
quizás quiere volar y no puede
y sus ramas se ponen tristes.
No sé, meditaba ayer,
quizás alguna estrella le ha dicho
que no es bonito estar hecho
para cazar las luces
que en otros lugares contemplan los niños.
Pero, hermanos, lo más sensato
es creer que es nuestro pueblo
el causante del desagrado
del estrellado y querido árbol
ya que así podremos hacer algo
de lo contrario sólo entristecemos
dejarlo morir en nuestras manos
como un pajarillo enfermo.
Y si esto es como digo
sólo una cosa se me ocurre

aunque parezca descabellada
y precedentes no haya:
enviar a un viajero, de eso se trata
a cruzar el universo
para encontrar el remedio
que el gran árbol necesita.
Y que traiga con él la vida
que devuelva la luz a la tierra
que por momentos se apaga
pues sin estrellas no vemos nada.
Nada más tengo que decir
vosotros ahora debéis decidir.

Y dicho esto se hizo el silencio. Poco a poco todas las miradas fueron posándose en alguien sentado en una esquina. Entonces, al cabo de no mucho, ese alguien se levantó.

Me siento aludido por todos
por eso me levanto y os canto gustoso;
sé que soy apreciado por mi astucia
y por conocer bien muchos idiomas
por buscar en todos los sueños
ocultos significados
de mundos lejanos
soy el único que mis viajes recuerda
en otras vidas, hace mil años
y aun así sigo aguardando
nuevos retos, nuevos misterios
y más elevados conocimientos.
Por eso agradezco encantado
el nuevo desafío que se me ha ofrendado
por mi pueblo y la vida entera
de este universo cualquiera.
Sólo os pido una cosa
antes de partir hacia la tierra de las mil rosas
donde viven los sabios más sabios de la galaxia
donde seguro me espera una grata sorpresa.
Preparadme unas alas azules
de la anchura de dos soles
una capa fina de impecable plata
y un sombrero de copa repleto de fruta.
Y así partiré mañana
sin prisa pero sin pausa
para llegar a tiempo con la respuesta
que a todos tanto nos interesa.

Dicho esto se sentó, al mismo tiempo que el que había hablado primero se dispuso a responder.

Es profundo mi contento
tras atender atento tu canto
tendrás cuanto pides, mi viajero
y volverás victorioso, así lo espero.

Poco a poco todos fueron levantándose y caminando o volando de vuelta a sus hogares, felices por cómo había ido todo.

A la mañana siguiente el Viajero, envuelto en una capa de plata protectora y con el sombrero de copa sobre su cabeza a modo de mochila, desplegó sus inmensas alas y se internó, volando, en la infinitud del Espacio Sideral.

Voló sin descanso entre millones de planetas, vio pasar a infinitud de asteroides que tuvo que esquivar como pudo, saludó a los tripulantes de las naves espaciales con las que se cruzó, casi se achicharra en algún que otro sol, atravesó nebulosas y se deslizó por inmensas espirales galácticas, hasta que finalmente, una dulce mañana de verano, apareció ante su vista la Tierra de las Mil Rosas.

Digamos antes que la Tierra de las Mil Rosas es un planeta repleto de rosas de todos los colores y de un tamaño diez mil veces mayor a las que la mayoría de lectores consideraría normales. Por eso sus habitantes viven en su interior. Como allí no hace nunca excesivo frío ni calor no necesitan nada más que un fino techo de pétalo, un suave suelo de pétalo, unas acolchadas paredes también de pétalo, y un dulce aroma vagabundo para sentirse mil veces más confortables que en el más majestuoso palacio corriente. Sus habitantes, en realidad, son también rosas, ya que nacieron de ellas en primavera, y la única diferencia es que caminan, ven, oyen, sienten, piensan y, lo que es más importante, aman. Dedicar su vida al cultivo de las rosas, de otras flores menos abundantes pero no menos bellas, al arte del vuelo, de la magia, de la música, del juego, al cuidado de su planeta y a muchas otras actividades francamente divertidas.

El Viajero se deslizó desde la estratosfera hasta la biosfera, penetrando en el particular mundo de los milrosetes, y quedando a su vez maravillado ante tanta belleza.

Volando llegó a tierra firme, recubierta por una hierba azulada que se confundía con el cielo. El aire también tenía cierto color zafiro, cosa que no impedía la visibilidad y daba al mismo tiempo un aroma de ensueño a aquel lugar. Paseando el Viajero por allí se encontró, al poco, con dos seres sentados sobre un enorme pétalo volador que se balanceaba suavemente a no mucha altura del suelo. Tenían en sus manos dos extraños pinceles y parecían estar pintándose mutuamente los cuerpos. Ambos se reían mucho y parecían muy inmersos en su tarea artística. El Viajero se elevó con sus alas y montó sobre el pétalo.

Decidió ponerse junto a ellos y esperar un poco.

Entonces, sin decir nada, ambos se volvieron hacia él y se le quedaron mirando, con una sonrisa en los labios.

De muy lejos he venido, hermanos milroseses
a este hermoso planeta de rosas y claveles
donde hace ya mucho una vez estuve
y pude ser testigo del amor de sus gentes.
Por eso he vuelto, inspirado por el desafío
que a nuestro pueblo a sobrevenido
pues el árbol que da vida a nuestra tierra
día a día va muriendo.

Cuando hubieron escuchado esto, los dos seres se levantaron pausadamente e iniciaron una extraña y hermosa danza. Parecían muy concentrados, como dos mariposas, dejando fluir su cuerpo y sus alas en la brisa. Con sus movimientos pretendían transmitir la respuesta al visitante, y él lo sabía. Es por ello que les prestó gran atención.

Aquella danza venía a decir, muy aproximadamente, lo que sigue:

La flor de la montaña estrella
alguna vez agua cambiante
en la mimosa misma abismal culandra infinita
de los soles agraciados

y si logrando cubierta las
tan cerca hacia el infinito de las rocas
fundidas de paciencia ambigua
las motas salpicadas de viento
en la cumbre de los mares renacerá

no prendas las miedrugos milenarias
es paciado la marea corre al
salto salta de los dedos descalzos
en nuestra piel esparcida y pintada
de piedra.

Cuando terminaron su danza los dos seres volvieron a su anterior ocupación. El Viajero saltó del pétalo y, mientras paseaba, intentó averiguar la relación del mensaje recibido con el desafío que le había llevado allí. Cabían dos posibilidades. Primera: que la aparente enfermedad del árbol formara parte de un proceso natural de cambio (“la flor de la montaña estrella / alguna vez agua cambiante”) que le llevara, al cabo de cierto tiempo, y si tenían la suficiente paciencia, a renacer con mayores fuerzas. Por eso los versos “fundidas de paciencia ambigua / las motas salpicadas de viento (refiriéndose a las estrellas) / en la cumbre de los mares (del árbol) renacerá”. Y como la enfermedad del árbol implicaba la de todo su planeta, quizás de esta forma,

cuando todo volviera a la normalidad, apreciarían con mayor fuerza la luz, después de haber vivido en la oscuridad. Segunda: que el árbol hubiera considerado que ya era hora de dejar su cuerpo para que los habitantes del planeta aprendieran a ver sin necesidad de pociones ni ayudas. Por eso quizás los versos “no prendas las miedrugos milenarias”, que podía querer decir que no intentaran retener lo que estaba destinado a marcharse desde toda la eternidad, a volar hacia otros lugares (“es paciado la marea corre al / salto salta de los dedos descalzos”). Con “en nuestra piel esparcida y pintada / de piedra” quizás se refería a un planeta nuevo, adonde se iba el árbol, o al universo entero. Quién sabe.

Ambas eran dignas de consideración. Pero, como no se acababa de decidir, decidió emprender de nuevo el vuelo...

El planeta Gaia estaba cerca. Antes llamado La Tierra, durante su etapa primitiva, era ahora un planeta evolucionado rico en amor y paz. Con poderosos aleteos se elevó sobre el suelo y emergió de nuevo en el inmenso océano del espacio.

Al cabo de nadie sabe cuánto planeaba sobre jardines repletos de flores y casitas blancas y riachuelos. Había gente caminando, bañándose, trabajando en el jardín, navegando por los lagos, jugando al escondite y tocando la guitarra y la flauta. También había naves espaciales estacionadas en algunos lugares, unas pocas volando entre las nubes, y los árboles se mecían al viento. El Viajero descendió hasta un lugar donde había varias casitas.

-Hola -dijo una voz, nada más llegar. Era una hermosa mujer, de grandes ojos bondadosos y un vestido de flores cubriendo su cuerpo. Parecía que estaba preparando algo de comer, una ensalada, sentada sobre la hierba con las piernas cruzadas. Miraba al recién llegado atenta y sonriente.

Hola, mujer hermosa...
vine una vez aquí, y todo eran guerras
las gentes lloraban y no había siembra
sino crueles tempestades que estallaban las despensas
y los corazones estaban pálidos, y el amor era despreciado
la avaricia y la tristeza eran vuestros aliados
mas ahora vuelvo, y qué me encuentro
dicha, como ya me han dicho
corazones abiertos al otro
y las gargantas están saciadas.
Por eso regreso, sabedor de vuestro progreso
en busca de alguna respuesta
a la única pregunta nuestra...
¿por qué el árbol que da vida a nuestra tierra
de la muerte está cada día más cerca?
¿lo sabes tú, mujer tan bella?

Tras unos breves instantes, la mujer respondió.

-Creo -dijo- que si vuestro árbol se ha puesto enfermo es sólo para jugar. Sencillamente quería que tú viajases y que toda esta historia pudiera ser contada. Vuelve al lugar de donde vienes y, si entonces está curado, es que tu aventura ha finalizado. De lo contrario, esta historia se hará más y más larga, y tú tendrás que visitar aun muchos lugares.

Sorprendido por la respuesta, el Viajero le dio las gracias a la mujer y, sacando un poco de fruta de su sombrero de copa, se la entregó. Después desplegó sus alas de la anchura de dos soles y se elevó más y más mientras la dulce mujer de Gaia le despedía alegremente con la mano.

Al cabo de no mucho el Viajero llegó a su tierra, donde todos lo recibieron alegremente, ofreciéndole la recién preparada poción de estrellas que el Árbol Estelar, completamente rejuvenecido, había estado recolectando aquella noche, con una sutil sonrisa dibujada en la corteza.

La paloma blanca

Las palomas nadaban en el cristal de plata. El sol declinaba, el viento arreciaba, algunos perros ladraban. Había algo en el aire digno de ser olido. ¿Pero lo olía alguien? Había una paloma que no quería nadar, porque siempre había preferido el vuelo. Todas le decían que estaba loca, que las palomas estaban hechas para el agua, de lo contrario no tendrían aquellas aletas emplumadas para cortar el agua, ni aquel diminuto pico para comer plancton. Pero nada de lo que le habían dicho había convencido a la joven paloma. Estamos hablando de hace muchos muchos años. Ahora cualquier paloma sabe volar a la perfección, pero eso sólo ha sido conseguido tras mucho tiempo de disputas y evolución. Las palomas son animales de la gran ciudad, y ¿había antes, acaso, grandes ciudades? Antes las palomas vivían como cisnes a la orilla de los mares. Pero aquella paloma había olido ese algo en el aire digno de ser olido. Se dejó mecer en el viento que arreciaba y voló en dirección al sol menguante. Fue esta la primera paloma que logró ascender en el invisible aire, que, aun siendo invisible, ella descubrió que existía. Todas pensaban que sobre el agua no había nada, pero ella demostró que aunque una cosa no se vea puede ser sentida. Aquella paloma era la única paloma completamente blanca de su especie. Voló por muchos lugares y en todas partes fue enseñando el arte del vuelo, aunque en numerosas ocasiones hizo enfadar a las que le tenían envidia. En una ocasión pasó sobre un lugar en el que uno de los grandes profetas de los hombres estaba siendo bautizado, y tomaron su paso por allí como una señal divina. Y así fue en verdad. Al cabo de poco la paloma blanca tenía ya un montón de amigas con las que iba y reiba por los mundos como mensajeras de lo invisible, inaudible, y sin embargo tan real y divertido, así como profundo y bello... el vuelo... qué cosa tan buena, ¿verdad?

Pero como toda historia debe tener alguna contra si quiere un final realmente feliz y esplendoroso, diremos que una noche la paloma blanca cruzaba un desierto junto con sus amigas. Volaban silenciosas a la luz de las estrellas, felices por ser quienes eran, cuando una voz como un trueno hizo temblar todo lo que les rodeaba. Las arenas se arremolinaron y huyeron, y de debajo de la tierra apareció un pequeño insecto de la familia de las libélulas (de este episodio proviene, por cierto, su apodo “caballito del diablo”). El séquito

de palomas se había detenido en el aire y contemplaba con tranquilidad, pero también con gran asombro, al diminuto ser que acababa de emerger del desierto y que tanto ruido había provocado. La libélula en cuestión se acercó hasta donde estaba la paloma blanca, intuyendo que era la líder, y con un susurro que salía de encima, de un ser invisible que cabalgaba al insecto, dijo, con voz maligna:

-Vuelas demasiado rápido, palomita blanca. Y debes saber que existen ciertas reglas para cruzar los aires. Primera regla: sólo los seres del aire tienen derecho a volar, y tú no lo eres. Segunda regla: sólo se permite volar en grupos de dos como máximo, y vosotras sois más de diez. Tercera regla: sólo quienes me obedecen pueden salir vivos de este desierto. Así que escuchad: volved sobre vuestros pasos, digamos, y volad hasta la cumbre de la montaña que predece a este desierto. Allí encontraréis un gran olivo. Traedme una simple rama y os dejaré cruzar mis tierras. Si no lo hacéis las libélulas serán a partir de este día enemigas vuestras allí donde vayáis.

Dicho esto el horrible monstruito desapareció de nuevo en la arena, como si fuera agua y viviera bajo ella. La paloma blanca, sin decir palabra, comenzó a volar seguida de todas en busca de la montaña perdida.

Volaron toda la noche, y cuando ya amanecía la montaña se les apareció como un espejismo. Tras ella la tierra era germinada, y de ella nacían helechos y algún que otro árbol. Volaron hasta la cumbre, sobre la que se alzaba un hermoso olivo de gigantescas raíces que parecían adentrarse en la tierra como serpientes enfurecidas. Sus ramas eran también poderosas, extendidas a los cuatro vientos como signo de su majestuosidad. Todo él era digno de ser contemplado, pero había algo que sobresalía. Una diminuta rama de un verde como fosforescente, como dotada de vida propia, sutilmente resplandeciente, salía de la más grande de todas, que apuntaba al cielo. La paloma blanca la arrancó con su pico, notando sobresaltada que estaba ligeramente caliente. Cuando la tuvo bien cogida notó que le transmitía una fuerza muy agradable, una energía que le llegaba hasta el corazón y lo resbosaba de una confortante vitalidad. La fue pasando a todas sus compañeras para que repusieran así su ánimo, y a continuación el séquito partió de nuevo hacia las entrañas del desierto.

Como es posible que muchos os estéis preguntando para qué quería el diablo con su caballito la ramita de olivo, os lo explicaré.

Hacía muchos siglos, un ser muy cercano a Dios había plantado aquél olivo con la finalidad de servir a los hombres. De él nacía, cada dos siglos, una ramita como la que hemos descrito, que tenía el poder de dar vida. Se le podía dar muchos usos, y hasta al cabo de dos siglos, cuando la siguiente ya había nacido, sus poderes no desaparecían. Se podía, por ejemplo, tocar con ella toda una extensión de tierra, y de cada milímetro tocado saldría alguna planta o árbol beneficioso. También se podía hundir en la sopa un instante, y aquella sopa curaba a cualquiera, además de llenarle de paz y buenos sentimientos. A lo largo de los siglos sólo unos pocos de gran sensibilidad habían conocido el secreto, y de esta forma siempre la habían utilizado con cautela, llevando la alegría y la prosperidad allí donde se dirigían con ella, y sin esperar nunca

nada a cambio. Pero un ser surgido de las mazmorras donde el mal se expande y envuelve a los hombres, el mismo del que hemos hablado, había intentado año tras año sabotear el árbol. Normalmente su táctica se había centrado en tentar a los sabios que recogían la rama para que la usasen para fines mezquinos como dominar el mundo o hacerse ricos. Pero nunca lo había conseguido, porque, como no descubrió el diablillo hasta mucho más tarde, cuando alguien tocaba la ramita de olivo su poder le inundaba y se volvía invulnerable al miedo, al odio y a la avaricia. Por ello, tras dos siglos más de resignada espera, había trazado el plan que ahora se estaba desarrollando con la ignorante complicidad de la paloma blanca...

¿Conseguirá el diablo su propósito? ¿Qué va a hacer la paloma blanca al respecto?

Cuando llegó al desierto con sus compañeras el diablo se había vuelto visible, quizás en un gesto de vanidad y osadía. Ya las había oído y las estaba esperando. Tenía preparado un caldero repleto de un líquido burbujeante, alrededor del cual otros demonios bailaban frenéticamente entonando extraños cantos que envolvían en lugar en una densa bruma de color gris rojizo.

-Felicidades, paloma blanca, jaja -rió el rey de los diablillos con una horrible carcajada- ahora sólo te queda una cosa antes de que te deje marchar a ti y a los tuyos. Y te lo advierto, no intentes escapar. Somos muchos y en un momento os habríamos cogido, metido y cocinado en ese caldero humeante que ves allí. Todo lo que tienes que hacer es meter la rama en la olla, nada más -dicho esto se dio la vuelta dirigiéndose a sus compañeros-: ¡Atención! Ha llegado el día que todos esperábamos. ¡Atención! ¡Dejad de bailar de una vez, por favor!

Finalmente la danza fue menguando y los diablillos, nerviosos, procuraron estarse quietos y escuchar con muecas malignas que parecían tics incontrolables que deformaban sus caras sufrientes y enloquecidas.

-Como decía, ha llegado el gran día. La rama de olivo está aquí. Como está conectada con el árbol, una vez desaparezca, el árbol también morirá. ¡Será la ruina de la humanidad! Jaja.

Se dio la vuelta mirando a la paloma blanca, esperando cierta pose rebelde o algún gesto que la traicionara delatando un intento de fuga o escaramuza. Pero permanecía completamente impasible, serena. Casi parecía que se estuviera compadeciendo del diablo y sus amiguetes. Esto molestó al diablo, pues era algo que no podía comprender, y no comprender algo molesta mucho a los vanidosos.

-¡Venga, ya puedes ir! -dijo, enfurecido- y tú sigue riendo por dentro... ¡estás a punto de destruir un tesoro del bien y te da igual! Quizás deberías unirte a nosotros...

La paloma blanca, ante la asombrada mirada de sus compañeras, se acercó a la ola y, sin la menor vacilación, dejó caer la rama de olivo, que inmediatamente se hundió en el maloliente líquido, dejando tras de sí una voluta de humo en forma de árbol multicolor que al poco se desvaneció con el

chasquido de una nota fúnebre, señal de que la muerte también había llegado al olivo.

La paloma blanca volvió a donde sus compañeras, mientras los diablillos volvían a su danza ahora drezado con extraordinarios gritos de algo que podría llamarse alegría, una alegría sufriente, contraída, la única alegría que conocían.

-Ahora, déjanos marchar -dijo la paloma blanca, entre los rostros desencajados de sus compañeras, que la miraban patidifusas.

-Marchaos, jaja- rió el diablillo, que también mostraba un rostro de demente alegría e incredulidad a la vez por haber conseguido tan fácilmente su propósito- ¡largo de aquí!

La paloma blanca hizo un gesto a sus compañeras para que la siguieran. Y una a una fueron alzando el vuelo, siguiendo a la paloma blanca, alejándose velozmente de la satánica fiesta. Y entonces, ninguna había dicho aun nada, de pronto la paloma blanca se puso a reír a la vez que hacía cabriolas, elevándose y descendiendo en el aire, dando volteretas y haciendo círculos alrededor de sus compañeras. Lógicamente, estas no entendían nada. ¿Es que se había vuelto malvada? ¿O loca? Se miraban entre ellas con ojos como platos... ¿O acaso tenía algún plan?

Finalmente volvió adonde estaban ellas y les dijo calmadante, sin detener su vuelo:

-Ese diablo le ha dado demasiada importancia a una rama de olivo, porque es lo único que puede ver. ¿Es que no os dáis cuenta? Esa rama no significa nada, era sólo el símbolo del poder latente en todas nosotras y en el ser humano. Que haya sido destruida sólo significa una cosa: ha llegado el momento de que la humanidad cambie. Durante muchos siglos hemos estado adorando a divinidades externas, entregándole nuestro poder a amuletos, inciensos, varitas mágicas, la rama de olivo... que haya sido destruida sólo significa que a partir de este momento cada uno deberá buscar su propia rama dentro de sí, su propio poder dar, su propia capacidad de amar, su natural sabiduría, sin esperar que ninguna divinidad, ningún maestro, ningún objeto externo se lo entregue. ¡Pobre diablo, no sabe lo que le espera!

Y ahora fueron todas las palomas las que se echaron a reír haciendo cabriolas, volando de aquí para allá como gráciles ángeles en forma de ave, en dirección al sol que se ponía, al horizonte infinito del desierto, en dirección a ninguna parte.